

to de la aversión del Emperador. Y examinemos, señores, ¿era Tiberio tan repelente? ¿ese intruso tan burlado en el Palatino, era tan mal conformado en su persona que cualquier mujer lo viera con desagrado y la suya con disgusto? ¿Había algo en su parte moral, en sus costumbres o en su exterior, que desde su juventud lo hiciese intolerable? Es conveniente que bosquejemos su retrato, y describamos sus ventajas físicas o sus deformidades, pues le hemos colocado frente a frente de las mujeres.

Dejemos la palabra a Suetonio sin comentarlo sino en lo que sea necesario, para la claridad.

“Tiberio era robusto, corpulento, de una estatura mayor que la común; y bien proporcionado de los pies a la cabeza. Sus espaldas y pecho eran anchos, gozaba de una magnífica salud, y hasta los treinta años él fué su solo médico. Su mano izquierda era más fuerte y ágil que la derecha; sus articulaciones tan vigorosas y bien unidas, que atravesaba con un dedo una manzana verde, y hería de un papirote la cabeza de un niño o de un adolescente.”

Esto demuestra la sólida estructura, los fuertes músculos, la complexión seca a toda prueba, de ese descendiente de la Sabina. Suetonio continúa:

“Era blanco, sus cabellos bajaban hasta la parte inferior del occipucio, cubriéndole casi el cuello, lo que es una señal de raza.”

No: esto era moda. Augusto tenía naturalmente el cabello en esa forma, y los romanos dejaron crecer los suyos para arreglárselos del mismo modo y adular a Augusto. Tiberio, hijo adoptivo del Emperador, debía más que cualquier otro buscar su parecido.

“Tenía el rostro hermoso (“facie honesta”), aunque a veces cubierto de súbitas erupciones (tumores). Sus

ojos eran muy grandes y veían en las tinieblas luego que despertaba, aunque esta facultad se extinguía poco a poco.” Facultad distintiva de la raza felina, desde el tigre hasta el gato.

“Marchaba con el cuello erguido y algo inclinado a un lado; de manera severa y aire taciturno; rara vez hablaba a los que le rodeaban, y eso con lentitud y meneando torpemente los dedos. A Augusto no se ocultaba ninguno de esos defectos o señales de orgullo, y muchas veces procuró atenuarlos ante el senado, atribuyéndolos a enfermedades naturales, y no a vicios de carácter.”

En este retrato de Suetonio, es necesario distinguir lo que se refiere únicamente a la madurez o ancianidad de Tiberio. Por ejemplo, es evidente que Augusto no trató de justificar a su hijastro ante los romanos sino después de haberlo adoptado, y cuando le preparaba el acceso a la omnipotencia. Es probable también que las pústulas que aparecían en su rostro repentinamente, se multiplicaron sobre todo en los últimos años, cuando una no interrumpida prostitución inflamó o corrompió su sangre acre por naturaleza.

Vamos a justificar esa descripción o mejor dicho a completarla con el estudio directo de las imágenes de Tiberio. Numerosísimos son los monumentos antiguos en que está representado, y sería imposible enumerar las bellas medallas, las piedras grabadas y los camafecos. (Viena y París poseen las más raras muestras de ese género), los bustos y las estatuas que han llegado hasta nosotros. La mayor parte representan a Tiberio, joven y divinizado; el gabinete de medallas de la Biblio

teca imperial (1) posee un magnífico camafec, en que se ve al César viejo y arrugado, más tarde le describiremos así como el que existe en la Santa Capilla. También es preciso escoger entre las estatuas de Roma y París y los bustos de Louvre y del gabiote de medallas, porque son de un mérito desigual y de diverso pa recido, no en el conjunto, sino en los detalles.

Para encontrar el tipo personal en toda su exactitud, es necesario eliminar tres series de imágenes, cuya ejecución presidió un pensamiento preconcebido: en primer lugar, aquellas en que por lisonja el artista se esforzó en hacer que Tiberio se pareciese a su predecesor, como si la adopción penetrase, transformase, regenerase, o como si la voluntad del amo tuviera tanto poder como la transmisión de la sangre: en segundo lugar las representaciones ideales, hechas con sumo cuidado por hábiles artistas que quisieron divinizar a Tiberio, y le dieron líneas más puras y una belleza más dulce: y por último, los monumentos de menor importancia, que son sólo una conmemoración y que no tienen parecido ni con Augusto ni con Tiberio divinizado. A esta clase pertenecen ciertas monedas acuñadas, en ciudades lejanas del imperio, en que grabadores poco diestros copiaban con exactitud los tipos corrientes, las estatuas y bustos esculpidos para las colonias y los municipios, que no merecen ninguna confianza. En nuestros días vemos lo que valen la mayor parte de los retratos

---

(1) El señor Beulé pronunció sus discursos que reunidos, intituló: "El proceso de los Césares," en tiempo de Napoleón III. El gobierno del moderno César comprendió que los ataques le iban dirigidos, e hizo cuanto pudo por interrumpir los trabajos del señor Beulé, la ley sin embargo, fué más fuerte.—N. T."

oficiales de los soberanos, y sobre todo, las copias con que se sacrifica a las provincias.

Los muy raros monumentos que representan a Tiberio viejo, los reservaremos para el día que estudiemos su ancianidad; es decir, un personaje nuevo. Hoy nos ocupamos de Tiberio en la fuerza de la edad, de la juventud, de la belleza.

Después de haber comparado las más célebres representaciones, no vacilo en recomendar a vuestro estudio, una magnífica cabeza de bronce que se admira en el gabinete de medallas y perteneció al conde de Caylus. Ese bronce célebre ya en el siglo último, es el monumento más elocuente y conmovedor que conozco, por su carácter de personalidad, que resalta más todavía si se le compara con el busto del Louvre que viene de la colección Borghesa, y con la estatua del "Braccio nuovo," encontrada recientemente en Terracina. Se tiene ante la vista, vivo y hasta cierto punto palpitante, si es que algo palpité en Tiberio, a ese impenetrable personaje, que ocupará eternamente a los historiadores y a los filósofos. Allí se presenta de edad de treinta años, mudo y sin nada que le lisonjee, al más minucioso examen de todo el que quiera, aunque en vano penetrarle.

Sorprende desde luego la proporción del cráneo; es bien hecho, redondo y de hermosa plenitud, se comprende que es el asiento de la inteligencia y que las cavidades cerebrales están felizmente distribuidas. La frente más ancha que elevada, se desarrolla más en el sentido horizontal que en el vertical, los cabellos cortados al rededor forman una especie de pequeña muralla que disminuye esa elevación; pero no es condición esencial para una gran inteligencia una frente muy elevada. La experiencia ha refutado esa teoría que David d'Angers contribuyó a derramar con sus obras. Las orejas son grandes y no mal hechas, y se separan de la cabeza, co

mo no es raro verlo en los bustos romanos. Ese detalle característico, prueba que el artista no alteró la naturaleza y la aceptó en toda su verdad. Los ojos son difíciles de apreciar porque son de plata, y se colocaron en las órbitas después de la fundición. El blanco de la plata en medio del bronce, da al conjunto de la fisonomía, un aspecto fantástico, feroz; si esa idea corresponde de más de lo que conviene a la idea que pueda formarse de los ojos de Tiberio, recuérdese la descripción de Suetonio, que pretende que ese príncipe veía durante algunos minutos en las tinieblas. Los pómulos están colocados en alto y dan al desarrollo de los huesos maxilares un gran poder. En ese lugar reside ese sentimiento de fiera, de orgullo indomable, que se atribuía a la raza de los Claudios, y que Tiberio heredó con tanta profusión. La nariz que goza de celebridad, es el tipo de la nariz aguileña, del que se apoderaron los grabadores de medallas fácilmente, porque es bello y notable, no obstante que cuando el busto se ve de frente, no parece tan bien modelada. La boca es un poco plana, más indecisa de lo que pudiera suponerse, no tiene una expresión franca, se diría que era inerte e incapaz de movimiento. Se observa cierto empaste en los músculos que la rodean, como en los que limitan la parte inferior de la barba, son poderosos, pero como atrofiados, no tienen esa facilidad, ese juego que se observa en los hombres acostumbrados al mando y al uso de las palabras. Sabemos, en efecto, que Tiberio no la tenía fácil; aunque pronunciaba discursos en público, le faltaban expresiones y pronunciaba de una manera lenta y laboriosa; por eso Augusto, que no perdonaba ocasión de burlarse de él, exclamó alguna vez: "¡Cuánto compadeceo al pueblo romano que será triturado por esas pesadas mandíbulas!"

El busto acusa, en efecto, una mandíbula pesada. La dificultad de articular obligaba a Tiberio a buscar las

palabras, y para no impacientar a los que le escuchaban, hacía que el gesto precediese a la voz. Esto producía una gesticulación desagradable, que parecía afectada, y que traicionaba la necesidad de pintar con la mano, la idea o el objeto, que la palabra no manifestaba con bastante rapidez. Tiberio tenía que luchar con una dificultad no intelectual, sino material. La conformación de los músculos de la parte inferior del rostro va a explicarnos ese embarazo.

La barba es potente sin ser pronunciada; de la misma manera que la frente se extiende a lo ancho, así la extremidad de la barba no tiene ese modelado que pudiera inscribirse en un óvalo puro, es más extendida que lo necesitaría. Por último, un signo característico que se apreciará mejor en los camafeos y en las medallas, es el estrechamiento de la nariz en la parte superior, los cartílagos son estrechos, enjutos y como sujetos con una pinza entre los ojos, de manera que la cavidad de estos parece más profunda, y recuerda la fisonomía del pájaro de presa, más bien del buitre, que de la águila. Ese rasgo curioso nos recuerda la figura de Livia, en cuyos ojos y nariz reconocimos alguna analogía con la lechuza, tan estimada de Minerva y de los atenienses. La boca de Tiberio sin facilidad de movimiento, contraída en su expresión natural, revela un parentesco cercano con la de Livia, que la tenía tan pequeña, que sus labios carecían de puntas y que se contraían mucho más por la costumbre de disimular. El camafeo que está en el Louvre, (1) bajo una de las vidrieras de la sala de vasos griegos, demuestra la facilidad con que un hábil artista puede formar el tipo de Tiberio por el de Livia.

(1) Representa de perfil a Tiberio, joven, idealizado, y a Calígula: está grabado en la Iconografía romana.

Tal era Tiberio según los historiadores y según sus imágenes auténticas. A pesar de sus defectos que debían referirse mejor a la expresión que a la construcción, no podía inspirar a su mujer ni aversión ni disgusto. Era hermoso, dice Suetonio, y nos lo atestiguan diversas obras de arte. Si aun fuera preciso un testimonio irrecusable, tenemos el de una mujer conocedora de la belleza, quiero hablar de Julia, que se enamoró de Tiberio, viviendo aun su marido Agripa, suegro del mismo Tiberio. Ella fué la primera en declarársele y públicamente fué conocida su pasión. Si Tiberio accedió o repelió sus pretensiones, lo ignoramos; pero se concibe que cuando más tarde Agripa murió, y Augusto impaciente por tener un nuevo yerno consultó a Julia, no encontró ninguna resistencia; quizá ella misma de acuerdo con Livia, que procuraba acercar a su hijo al trono sin escándalo, sugirieron a Augusto tal pensamiento.

No obstante todas esas sollicitaciones, la historia refiere, que Tiberio no quería separarse de su amada Agripina, que resistió a Augusto cuanto pudo, y que vencido al fin, no repudió sin un profundo dolor ("non sine magno angore animi") a su joven esposa que estaba en cinta, para dar su lugar a Julia.

¿De qué especie era el amor de Tiberio para con Agripina Vipsania? ¿La ternura de un esposo? ¿El amor sensual de un joven cuya frialdad exterior ocultaba su temperamento y que en su ancianidad debía arrojar lejos de sí todo velo de pudor? Dos hechos permiten resolver la cuestión. El primero, la conducta de Tiberio para con Julia, luego que se casó; segundo, su aspecto en un encuentro imprevisto que tuvo con su primera mujer. Aunque por Julia manifestaba el mayor desprecio, después se enamoró de su belleza: si olvidó a Agripina, al volverla a ver experimentó una emoción fácil

de caracterizar. En uno de los paseos de Roma un día encontró a Agripina que acababa de levantarse del parto, más atractiva que nunca, y la contempló con unos ojos tan expresivos, tan hinchados, tan inyectados, (1) que causaron espanto a los que lo acompañaban. Augusto lo supo y cuidó de que Agripina jamás volviese a encontrarse con su yerno.

Pocas palabras dicen mucho: no fueron las lágrimas las que saltaron a los ojos de Tiberio a la vista de la compañera de su juventud; no demostró ni dolor ni pesar; sus ojos se hincharon, se tendieron, se inflamaron. Hablaban únicamente los sentidos: era el caballo que relinchaba ante la hembra.

La súbita pasión de Tiberio por Julia desde que le perteneció, es otra prueba del secreto ardor de su temperamento. Conoció a Julia; sus casamientos, sus hijos, sus amantes, sus orgías, su vida desenfrenada, y sin embargo, se rindió a los encantos de aquella criatura, tan diestra en el arte de seducir. Vivió con ella más de un año, no sólo en perfecta inteligencia, lo que era fácil, atendido que las mujeres galantes tienen el humor más amable, sino con mutuo amor ("mutuo amore") lo que no se comprende si no es por el ardor de los sentidos.

Julia tenía veintiocho años y estaba en todo el esplendor de su belleza: aquel a quien iba a fascinar por poco tiempo, había pasado una adolescencia y una juventud tristes, retiradas, sin escándalo, y no contaba treinta y un años, así es que pasada la hora de la sociedad, despreció a Julia tan implacablemente, como había sido débil contra sus seducciones. Nada dejó sin embargo percibir, no tenía derecho, y además era pre-

(1) "Oculis adeo, contentis ac tumentibus."

ciso estar bien con el terrible Augusto: pero cuando Julia dió a luz y perdió en Aquilea, un hijo que no vivió sino algunos meses, todo quedó terminado entre ellos. Tiberio, mesurado en público, la arrojó de su lecho, y en el interior de su casa vivió con ella como con una persona extraña.

Volvió a entregarse Julia a los desórdenes (1) Los mismos prostituídos le rodearon; Sempronio Graco continuaba siendo el preferido de sus amantes, al que excitaba contra Tiberio, escribiéndole cartas, con los colores más odiosos y más ridículos.

Todo lo soportó Tiberio, ocultando en el fondo de su alma la vergüenza y un eterno rencor. Lo que el virtuoso Agripa sufrió por temor al amo y por apoyo al poder, el débil Tiberio lo soportó a su vez, porque si el poder estaba lejos, a pesar de las promesas de Livia, Augusto estaba cerca, y todo temblaba en su presencia.

Tal fué Tiberio en su juventud y en su vida privada.

Qué síntomas amenazadores aparecen? ¿qué instintos culpables? ¿qué faltas, qué vicios declarados? Nada se ve en sus primeros treinta y cinco años, nada que anuncie una alma perversa, ni gusto por la sangre: nada deja percibir un malvado ni un tirano.

Era orgulloso y duro, todos sus antepasados lo habían sido; era sombrío, (su honor natural debía agravarse en la casa de Augusto); decía que era dado al vino, (algunos excesos pasajeros le granjearon esa reputación, y su conducta no se resintió de ellos); amaba a las mujeres, pero hasta entonces a las que le pertene-

(1) Véase el cap. IV de Augusto, su familia y sus amigos.

cieron legítimamente: podrán señalársele otros defectos; pero ninguno dejaba entrever un monstruo, y si hubiese vivido bajo la replica, habría dependido de las circunstancias, que se hubiese inclinado el genio de los Claudios, hacia el bien o hacia el mal.

Pero vivió en tiempo de Augusto, cerca de él, en su intimidad, bajo un yugo más particular y más duro, y entonces comienzan sus deformidades morales: niño, fué víctima de los sarcasmos de un padrastro que lo odiaba; la aversión que resentía y que le era preciso ocultar, igualaba a la que inspiraba y que no se le disimulaba: adolescente, se le ve mirando lentamente por el veneno de la envidia en medio de las grandezas que toca, que su madre le enseña y que tal vez no le pertenecerán: los que amaba fueron cegados por la muerte, la mujer que amaba le fué arrancada de sus brazos por Augusto; su corazón estaba triturado como su voluntad; la turbación de sus sentidos, no le consolaba del oprobio que sobre él derramaba Julia: el más justo sentimiento debía ahogarlo, y disimularlo cuidadosamente, porque era preciso que a la cobardía se uniese la hipocresía.

¡Cuántas pruebas, cuántas! ¡cuánta tortura todos los días! ¡cuán lenta la presión que poco a poco inclina una cabeza erguida, hacia la tierra y le hace tomar un pliegue indeleble! Agregad luego los consejos de Livia, su previsión fría, su maquiavelismo, su resolución de soportarlo todo por el porvenir; agregad el ejemplo de Augusto, su inmoralidad, su hipocresía, y las pérfidas lecciones del contacto diario de su política como de su vida privada, y confesad, que para resistir a tan larga corrupción, y para no envilecerse por tal servidumbre, era necesario una naturaleza superior a la ordinaria, una altivez natural, que no hubieran pedido abatir 30 años de precauciones mal disfrazadas, por los favores arrancados por Livia.